

un pañuelo viejo de seda, y saltó al suelo.

—¿Vamos á separarnos tan pronto?—preguntóla su conductor.

—No tardaréis mucho tiempo en olvidarme, ¡hace tan poco que nos conocemos!

—A mí me parece, por el contrario, que hace un siglo, y sin embargo, las horas pasan como segundos.

—No os empeñéis en echarme flores, porque no me gustan. Dejadme en paz.

—Si algún día tenéis quebraderos de cabeza acordáos de que podéis disponer de un amigo verdadero.

—¡Sois muy bueno!

—No tengo ningún mérito para haceros ese ofrecimiento; basta miraros.

—Adiós,—dijo Rosa.

—Adiós, no; hasta la vista.

—Como queráis,—contestó la joven con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Cambiaron la última mirada y estrecháronse la mano confundándose después Rosa entre la muchedumbre que llenaba la estación, que estaba muy animada porque empezaba la semana de las carreras.

Al mismo tiempo que Rosa entraba en la estación llegaba á ésta un tren procedente de París.

Dos caballeros que habíanse apeado de un vagón de primera clase detuviéronse á pocos pasos del carruaje del señor de Kerohët para mirar de pies á cabeza y con marcada persistencia á la joven.

De los dos, el de más edad tendría unos cincuenta años, pero nadie habría dicho tenía más de cuarenta. Con su elegante terno gris, una rosa en el ojal de la americana y su sombrero hongo, tenía un aire muy juvenil. Conservaba aún todo el cabello en el que hacia las sienas asomaban algunas canas; tenía el cutis muy terso, sin una sola arruga, y todo en él era irreprochable y de una extremada distinción.

Su compañero, mucho más joven, era de aspecto más grave y vestía levita abrochada resaltando sobre el negro del paño la roseta roja de una condecoración, y al parecer no contaba más años que treinta ó treinta y cinco. Era muy rubio, parecía un escéntrico inglés con sus patillas un poco largas, resto del rostro afeitado, nariz recta, delgados los labios y ojos grises, de mirada un tanto dura.

Este último llevaba al brazo con elegante indolencia un sobretodo claro, y en todo su conjunto presentaba él tipo correcto del diplomático, pero su fisonomía distaba mucho de ser tan franca como la de su compañero. En ella traslucíase un no sé qué de falsedad y socarronería que no era lo más á propósito para inspirar confianza á nadie. Ambos permanecieron en observación hasta el momento en que habiendo tomado Rosa su billete en el despacho de la primera sala, penetró en el andén.

De los dos recién llegados, el más joven era el marqués Roberto de Breynes, antiguo

Secretario de embajada, y el otro su primo hermano, el duque de Rouévres.

Al desaparecer Rosa dirigiéronse los dos hacia el coche de Kerhoët que no les había visto hasta aquel mismo momento.

—¡Voy aquí, Duque!—dijo Jorge al señor de Rouévres. — No os esperaba esta noche, la Duquesa está en Morville.

—¡Ah!

—Y ya que vuestra esposa y sobrina comen en mi casa, os suplico que vengáis conmigo.

El Duque y su compañero se consultaron con la mirada.

El marqués de Breynes hizo algunas objeciones que Kerhoët procuró refutar, y los recién llegados ocuparon el lugar de la pobre viajera que á la sazón se dirigía á París.

El caballo describió una gran curva impulsado por la mano de su conductor en el patio de la estación, y al gran trote siguió el camino de Pont-l'Évêque.

Pasados unos minutos y apenas recorridos cien metros, el Duque se encaró con el amable conductor, preguntándole sin ambages:

—¿Quién era esa aldeana que acompañasteis á la estación?

—¿Qué aldeana?—replicó.

—Vamos, amigo Kerhoët. No empecéis ahora á hacer misterios. Esa joven del vestido gris.

—No es una aldeana, sino una verdadera parisién.

—Lo habría jurado,—observó el Mar-

qués. — ¡Bah! ¡Descendéis mucho, querido!

—¡Qué estúpido soy!— exclamó el Duque. — Debi haberlo conocido en seguida, ¿en dónde demonio tenía yo la cabeza? Una aldeana no puede tener nunca esa apostura, esos ojos, y sobre todo, ese color de la tez que sólo se adquiere en París, ¿qué venía á hacer aquí?

—Vino á visitar á su abuelo.

—¿En dónde vive?

—Vamos á pasar por delante de su casa y os la enseñaré.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué falta os hace el saberlo?

—¿Y qué inconveniente podéis tener en decírmelo?— replicó el duque de Rouévres.

—Se llama Rosa Godin.

—¿En dónde anida?

—Os vais á asombrar mucho cuando os lo diga, querido Duque.

—¡Asombrarme yo! ¡Cá! Estoy hecho á prueba de bomba, y os aseguro que aun cuando en París viese salir una Venus de una alcantarilla, ni siquiera pestañearía.

—¡Demonio!

—¡Se ven cosas tan extrañas amigo Kerhoët! Para que veáis que no os engaño, os voy á contar lo siguiente: Una noche me hallaba en un palco de un teatrillo de cuarto ó quinto orden, y con la ayuda de mis gemelos descubrí una maravilla, allí no había ni afeites de ninguna clase, ni falso oropel, sino naturaleza y verdad; nada de arte; ¡la hermosa naturaleza en todo su esplendor!

¡Una cabeza de ángel que servía de remate á un cuerpo de formas esculturales!

—¿Un modelo entonces!

—Sí, y me informé sin discreción y supe que descendía en línea recta de una familia fundada por un trapero y una barrendera y que había tirado la espuerta y la escoba y no deseaba más que emprender nueva vida por distinto camino.

—Y por supuesto, vos no tuvisteis ningún inconveniente en enseñárselo.

—Es natural.

A Jorge Kerhoët no le era muy simpático el duque de Rouévres, y sin embargo, al oírle hablar de esa manera no pudo menos de sonreírse.

—¿Y la pusisteis en camino? — preguntó Kerhoët.

—El marqués de Breynes, aquí presente, me ayudó de una manera muy eficaz, y ahora esa joven tiene cuanto necesita, un hotel, criados, coches, diamantes... Confieso que siempre fui muy débil ante esos pájaros de espléndido plumaje, pero francamente, conozco muy pocos que valgan tanto como vuestra hermosa protegida.

—¿De veras?

—¡Os doy la palabra más sagrada de que es así! Y tengo la vanidad de creer que soy de los más inteligentes en la materia, ¿á qué se dedica?

—Adivinadlo.

—No lo intentaré siquiera, son tantos y tan poco lucrativos los oficios á que una mu-

jer puede dedicarse en París, que no quiero devanarme los sesos.

—Está en el Mercado.

—¿En algún escritorio?

—No, es una pescadera.

—¡Con esas manos! ¡Porque la verdad es que son soberbias como el resto del cuerpo!

—¿Cómo es posible que os hayáis fijado en ese detalle?

—No se me escapa ninguno cuando se trata de una mujer bonita.

—Siempre tendréis veinte años, querido Duque,—dijo Jorge de Kerhoët.

—Hasta que exhale el último suspiro.

—Mirad, ahí tenéis su cuna, el domicilio de sus abuelos.

—¿Esa cabaña tan fementida?

—La misma.

—Una zahurda en la que yo no metería mis perros, ¿y decís que es virtuosa?

—Es una mujer honrada.

—Tendría castillos si quisiese.

—¿Lo creéis así?

—Por mi parte no tendría inconveniente en darla uno... pequeñito.

—Será posible; pero como ella no quiere no hay caso; á eso queda reducido todo.

—No hagáis caso,—dijo el Duque á Jorge,—las damas de la baraja no le son muy favorables, y las otras hace tiempo que le volvieron la espalda, hasta la descendiente del trapero y la barrendera, y sólo Dios sabe cuánto le cuesta!

El Marqués quiso hacerle callar con una

señal de inteligencia, mas no lo consiguió porque el Duque estaba de buen humor, y añadió á manera de consuelo:

—Sé perfectamente lo que es eso, porque pasé por ello más de una vez. Creedme, amigo mío, un buen casamiento os proporcionará los medios de tapar todas las brechas de vuestra fortuna, ¿qué mejor empleo puede desear una rica heredera?

El caballo se detuvo ante la escalinata del palacio de Morville.

El día había sido de los más ardientes del estío, pero á aquellas horas las brisas de la costa refrescaban algo la atmósfera.

La Duquesa y la señora de Kerhoët estaban sentadas en la terraza tomando el fresco, y al ver al Duque cambió de color el rostro de Valentina. Saludó el Duque, y acercándose á la Condesa apoderóse de una de sus manos, que llevó á los labios.

—Aquí al menos creí que estaría libre de vuestra presencia,—dijole en voz baja,—y no esperaba veros.

—Fue vuestro hijo el que me hizo venir, hermosísima Condesa.

Con algún esfuerzo reprimió la Condesa un gesto de despecho al observar que el Duque de Ronévres hallábase frente á ella con la misma tranquilidad que si estuviese en su butaca de la Opera ó en el foyer del cuerpo de baile.

—Contenéos, amiga mía,—dijo, dándose aire con su pañuelo,—os lo aconsejo, porque si no cualquier día vais á venderos.

Dicho esto hizo una pirueta sobre los talones, encarándose con la Duquesa y el marqués de Breynes, que hablaban formando un grupo aparte.

—Para mí, es cosa indudable que no se encuentran en el mundo dos sitios tan agradables como Morville,—les decía.—¡Esto es un verdadero Paraíso! ¡Encantador bajo todos los aspectos! ¿No os parece lo mismo, de Breynes? ¡Y pensar que ese marino prefiere á esto el andar recorriendo el mundo y sufriendo los antojos del mar en barcos llenos del polvo del carbón de piedra! No es que sea malo, pero sí que tiene una extraña pasión por los viajes.

La Condesa pretextó que tenía que dar algunas órdenes y se retiró.

Jorge hizo que el coche diese la vuelta á un macizo de flores y lo llevó á las cocheras donde echó las riendas en manos de un palafrenero.

—Venid, tengo que hablaros.

Volvióse Jorge y hallóse cara á cara con Elena de Restaud, casi tan descolorida como su traje de color blanco marfil, con cintas azules. La joven tenía contraído el rostro é inquieta la mirada, y esto la afeaba un poco, por más que era encantadora, pero ó sufría mucho ó la dominaba gran ansiedad.

—Habréis leído mi carta,—dijo fijando su mirada en Jorge con expresión de temor ó de súplica.

Jorge cogió la mano de la joven é hizo que se apoyase en su brazo, y procuró ale-

jarse de allí sin responder hasta llegar á bastante distancia de la terraza, á un lugar en que los copudos árboles desparramaban sus ramas á treinta pies del suelo.

—Van á tocar la campana para la comida,—objetó.

—No necesito mucho tiempo para pedir os una explicación, pues con una sola palabra podéis, Jorge, hacerme la más feliz ó desventurada de las mujeres, ¡con una sola!

—¿Es tan grave,—murmuró Jorge,—y vuestra felicidad depende de un capricho mío?

—Sí, mi dicha, mi felicidad,—contestó Elena.

—No os comprendo...

—¿No veis que desde hace tiempo no vivo y que me estoy muriendo de pena?

—¿Por qué?

—¡Y tenéis valor para preguntármelo! ¡Porque comprendo que nos separa un misterioso obstáculo, y que ya no me repetís vuestros juramentos y promesas, que quizás vais olvidando! Cómo siendo, en fin, que entre nosotros se interpuso alguien que me roba vuestro cariño, que para mí es más que la vida, que es mi única esperanza.

—¡Sois muy exaltada!

—¡No! ¡Es que adivino lo que sucede!

—¿Y qué es lo que sucede?

—¡Que tal vez amáis á otra! Lo que si es seguro que no me amáis á mí.

Quedóse silencioso y pensativo Jorge, que en el fondo de su alma no sabía cómo defi-

nir los sentimientos que le dominaban á la sazón.

Elena aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para hacer ostentación de su cariño hacia el heredero de los condes de Kerhoët, y en vista de sus libertades y franquezas nadie dudaba acerca de que su casamiento con Jorge era un hecho, y este mismo no ocultaba sus preferencias.

Cuatro meses antes de ocurrir la escena que narramos, la señorita de Rouévres tuvo que emprender un viaje al Mediodía y á Italia, en donde tenía que resolver graves asuntos, y Elena se quedó en París con su tío.

Sucedió esto durante la primavera, y pasaron algunas semanas hasta llegar un día en que la condesa de Kerhoët dió una fiesta campestre en su magnífica quinta de Savinex en Seine-et-Marne, muy cerca de Corbeil. El baile se prolongó hasta las dos de la madrugada, y la Condesa no permitió que Elena se retirase de su casa á una hora tan avanzada.

Retiróse Jorge á su cuarto é iba á quedarse dormido en el momento en que la puerta se abrió y cerró bruscamente, y ante sus ojos se presentó la señorita Restaud con uno de esos vaporosos trajes de noche, y al ver al joven lanzó un grito fingiendo que se había equivocado de cuarto y queriendo huir.

A la media hora y con las demostraciones de la más ardiente pasión, murmuraba al oído de su amante de un momento:

—¡Estoy perdida para siempre, pero te adoro!

Desde ese momento la amistad de Jorge hacia Elena, que tan viva era antes de una hora de locura, empezó á amenguar de día en día, de la misma manera que si el desprecio hubiese matado al amor.

No por eso dejó Jorge de mostrarse galante y deferente, pero en cambio encerróse en una reserva que semejábase más á un mudo reproche que á otra cosa, y no habló más del casamiento.

Observando esto comprendió Elena que tal vez la amistad sobreviviría á la desaparecida estimación, y que el hijo de los condes de Kerhoët no quería para esposa á una mujer que había sido bastante débil para llegar á ser su querida. A pesar de creerlo así, trazóse un plan proponiéndose no separarse ni un solo instante de él.

—¿Qué era lo que antes me prometiais cuando vagábamos juntos durante esas noches de invierno tan semejantes á las de primavera de otros países, por las orillas del azulado mar Mediterráneo?—dijo Elena expresándose con mayor vehemencia.—¿Qué fue lo que me repetisteis en París cuando bailábamos estrechamente abrazados entre la brillante multitud ó en el fondo de vuestro palco de la Opera mecidos por los acordes de la música que llegaba hasta nosotros? ¿Que seríamos el uno del otro, que nos amaríamos, que no amaríais á nadie más que á mí! ¿Eso fue lo que me dijiste!

—¡Elena!

—Me lo juraste,—prosiguió diciendo la joven con voz vibrante,—en los paseos del Bosque cuando galopábamos el uno al lado del otro durante las mañanas de abril.

—¡Es verdad!

—¡Ah! ¿No lo has olvidado?

—No.

—Y en aquella noche tan funesta como encantadora me prometiste que no serías de nadie más que mío.

—Elena, os suplico por favor...

—¿Por qué callas ahora?...

—No os engañé entonces...

—¡Con qué frialdad lo dices!

—Os sigo amando siempre...

—Sí, como si fuese una amiga, una hermana,—interrumpió Elena expresándose con amarga ironía.—Ese amor, pasión ardiente en Niza, tan ardiente al despertar de la primavera, tan grande entonces, apagóse de pronto, ¿no es eso lo que quisisteis decir, Jorge? Convirtiéndose en un cariño fraternal, frío como una nevera, frívolo como esas amistades de colegio ó de taller. ¡Dime! ¿Es eso lo que yo podía esperar cuando juntos, entrelazadas nuestras manos soñábamos despiertos ambos bajo los naranjos, y cuando, aún me parece que oigo tu voz, me dabas cuenta de cuales eran tus proyectos para el porvenir.

Inclinóse Elena al decir estas últimas palabras hasta tocar casi en el oído á Jorge, y añadió con ardiente pasión:

—Sí, te amo, y tu frialdad me desespera... me mata...

Estaban tan juntos que Jorge podía sentir las palpitations del corazón de la joven, y ésta temblaba del mismo modo que la hoja en el árbol á impulso de violenta racha de viento del Oeste.

—¡Jorge, por Dios, respondedme pronto con toda sinceridad!

—Sea, escúchame, Elena: Paréceme que sufro los ataques de extraña é incomprendible enfermedad.

—¿Cuál?

—¡De la duda! Dudo de todo, de los demás y de mí, y casi hasta de la justicia de Dios, quisiera defenderme y no puedo, ¿qué es lo que veo á mi alrededor? A mi pobre madre abandonada, á mi padre desterrándose voluntariamente, alejándose de los goces de la familia, no viendo á ésta más que á largos intervalos, deteniéndose en su casa tan poco como el viajero se detiene en la hospedería. Esa es una separación verdadera, disfrazada bajo una conveniencia mundana con una habilidad y unos subterfugios que no engañan á nadie, ¿á qué causa se debe? Lo ignoro, pero os puedo asegurar que, á medida que trato de penetrar ese misterio que me rodea, póngome más triste y creo menos en todo. ¿Acaso no sucede, Elena, lo mismo en vuestra propia casa? El duque de Rouévres es en ella un huésped, no el amo, y pasa las noches en claro en un círculo, en las reuniones ó en cualquiera otra parte, y

siguiendo el ejemplo de sus semejantes, es un desertor del hogar. Si, Elena, la familia se disloca, los esposos huyen unos de otros y se reúnen únicamente por forma, para que la sociedad que les rodea y observa no diga nada de ellos; se unen nada más que para no dar pábulo á la murmuración, y porque así conviene á sus intereses, y ¡qué queréis que os diga! semejante espectáculo me descorazona y me turba de mala manera. ¿Qué marido sería yo si bastase el ruido de una alegre fiesta, ó una pasión irreflexiva para olvidar y profanar lo que hay más sagrado para el hombre de corazón, la juventud de una niña confiada á nuestros cuidados y el honor de su prometida? Porque tenéis razón, Elena, vos continuaréis siendo la misma.

Estremeciéndose la señorita Restaud al oír estas palabras, y su brazo apoyóse con más fuerza y ternura en el de Jorge.

—Me sucede,—siguió diciendo éste,—que hay momentos en que dudo de mí mismo y sospecho si llegará un momento en que no tendré fuerzas para contener mis arranques; en una palabra, que estoy contagiado, que sufro la enfermedad de la época, y que temo cargaros con una cadena demasiado pesada.

—Es que yo quiero que sea así.

—¡No me atrevo á resolverme!

—¡Sé franco, y acaba de una vez!—exclamó Elena con apasionado arraque.—Dime que no cuento con tu estimación, que me desprecias pesándote tus juramentos, y

que quieres volverte atrás de tus palabras...

—Te juro que...

—¡No jures, porque no te creo! Ahí tienes lo que tanto miedo tenía de oír. ¡Sé libre y tu libertad es mi perdición!

—¡Tu perdición!

—Sí, porque el mundo querrá saber en qué se funda esa negativa; la promesa era pública y romper una intimidad de la que quizá adivino la causa. ¡Ah! ¡Desventurada de mí, por qué te habré escuchado! ¿Por qué habré dado fe á tus engañosas palabras?

—¡Es una locura lo que estáis diciendo, Elena!

—Pues bien; sí, estoy loca, porque yo, que accedí á todo, que fui tan débil que no supe negarme á nada en esa noche tan hermosa como funesta, y de la que no me atrevo apenas á acordarme, te creí cuando de rodillas me jurabas eterno amor. ¡Ah! ¡Aun cuando viviese cien años me acordaría de ese momento de locura!

Callóse sofocada, rechinando los dientes y descoloridos los labios.

—Acaba,—dijo Jorge.

—Me mataré; ó no, será mejor que viva para vengarme, no de tí, sino de las personas que me robaron tu amor.

—¡Quimeras!

—No son quimeras, comprendo que amas á otra.

Meneó Jorge la cabeza con aire de duda.

—¿A Marta, sin duda, á esa extranjera que vive á tu lado?

—¡Pobre niña!

—O bien, á esa otra, á esa vendedora de plazuela, de la que tanto alabaste los encantos y perfecciones.

—¡Rosa Godin!

—¿Y por qué no? ¡Esa es una mujer hermosa! La he visto, sí, quise verla porque tengo celos; soy celosa, será una estupidez, ¿no es verdad? Todo lo que quieras, pero tengo celos de cuantas se acercan á tí desde el día en que te alejaste de mí. No sé de donde procede el golpe que me hiere, pero no ha de dolerme el trabajo que emplee para descubrirlo; buscaré y encontraré, tranquilízate, y el día en que lo sepa, te juro que no retrocederé ante nada para devolver todo el daño que me hicieron.

—Nunca os ví así ni os oí explicaros de esa manera, confieso que me asustáis, Elena.

—Es que antes no tenía que defender mi honor el cual te entregué y lo quiero, ¿lo oyes? y te juro ser una mujer tan honrada como la que más. Si quieres te amaré de rodillas, y si me rechazas no sé lo que será de mí. Acuérdate únicamente de que te amo, y que si reniegas me inferirás una herida que será la causa de mi muerte.

Pronunció Elena las últimas palabras con tanta ternura, que Jorge se afectó.

Habíanse alejado por uno de los senderos del parque olvidándose de la hora que era y que les recordó la campana del castillo.

Detúvose Jorge y dirigiendo una mirada compasiva á Elena la dijo:

—Eres una niña enferma y oyéndote me parece que estoy soñando.

—¡Respóndeme!

—Concédeme algún tiempo para meditarlo.

—¡Necesitas pensarlo!

—De aquí á mañana no hay tantas horas, —contestó Jorge eludiendo la pregunta.

—Sea, esperaré.

Dijo Elena y no añadió ni una palabra más, y únicamente al llegar delante de la escalinata, le preguntó:

—¿En dónde te veré?

Quedóse Jorge pensativo un momento contestando luego.

—A las diez de la mañana en la playa.

Era la señorita de Restaud de esas personas que saben dominar sus pasiones cuando es preciso, y dar en caso de necesidad á su rostro las apariencias de la tranquilidad más absoluta hasta aquellos momentos en que el fondo de su alma desencadenábase violenta tempestad, para que su transformación ó su calma pudiesen ser completas.

En el momento en que se presentó, era de noche, en el espléndido comedor de Morville, tenía su rostro una expresión de seráfica tranquilidad: ni una sonrisa más cariñosa que la con que acogió el saludo de su tío el duque de Rouévres podía expresarse.

Al marqués de Breynes dióle la mano con esa que se puede llamar la expresión de cordial simpatía.

La comida fue de las más alegres, y el

Duque dió pruebas de gran jovialidad y notable ingenio contando una porción de anécdotas de las más escabrosas, sin que durante sus relatos se le escapase ni una palabra de mal gusto ni una alusión que pudiese molestar los oídos más delicados.

El marqués de Breynes adornó la conversación con alguna palabra intencionada, y Elena de Restaud acudió en ayuda de su tío y de su primo para acribillar á los amigos ausentes con las saetas de su ingenio.

Al levantarse de la mesa los rojos resplandores del sol poniente cubrían el horizonte, y después de pasar un rato charlando en la terraza y contemplando el espléndido panorama que desde ella se divisaba, la Duquesa pidió su coche y la señorita de Restaud y el marqués de Breynes tomaron asiento en él.

El Duque se separó de su familia al llegar á la mitad de la cuesta manifestando que tenía deseos de dirigirse á pie y fumando un cigarro hasta Deauville, y la Duquesa accedió porque no estaba acostumbrada á contrariar sus caprichos.

Elena de Restaud aprovechó el momento en que el carruaje iba á arrancar, para decir al oído de Jorge: *¡hasta mañana!* mientras que el Duque por su parte dirigía una mirada que podía pasar por una orden á la Condesa.

Quedáronse solos madre é hijo, y Jorge dió un beso á su madre, que se volvía al castillo, quedándose durante algunos minutos apoyado sobre la balaustrada de granito

de la terraza, escuchando las notas del piano de Marta, que estaba encerrada en sus habitaciones, y conmoviéndole aún el recuerdo de la entrevista celebrada con Elena.

Para distraerse salió de los parterres y se internó en el parque.

¿Era sincera Elena y le amaba realmente con tanta pasión? Creyó Jorge que no había nacido para inspirar tanto amor, porque su carácter era demasiado poco alegre y caballeresca su actitud, y si tan vulgar como un pintorzuelo y alegre como un colegial. ¿A qué obedecía aquella repentina explosión de violencia y de celos?

Estas eran otras tantas preguntas que inquietaban á Jorge.

Echóse sobre la seca hierba y se abismó en la contemplación del horizonte en que se veían las purpúreas tintas de los últimos fulgores del astro del día.

¡Cuánto tiempo permaneció Jorge tendido allí entregado á sus cavilaciones y creyendo ver en sueños unas veces la casta y angelical cabeza de Marta y otras el rostro franco y leal de Rosa Godin ó la mirada llena de fogosa pasión de Elena de Restaud! Ni él mismo hubiera podido decirlo, y sólo un ruido de pasos que se aproximaba fue lo que le distrajo de sus meditaciones. Levantó la cabeza para enterarse de quién andaba por allí á aquellas horas y esperó.

XIV

Oprimiósele el corazón al contemplar el aspecto de las sombras que á él se acercaban indecisas en medio de la obscuridad que iba en aumento por momentos bajo la bóveda formada por el follaje.

Sin gran trabajo reconoció en una de ellas por su talle esbelto y apostura, á su madre. ¿Qué hacia á semejante hora acompañada de un hombre en las soledades del parque? ¿Quién era su acompañante?

La persona que acompañaba á la Condesa era el duque de Rouévres, que á la cuenta volvió sus pasos, y ese alejamiento fingido con los demás convidados obedecía sin duda á una extratagema convenida de antemano.

Encogióse Jorge como un gato entre las malezas y hierbajos que crecían entre los árboles del bosquecillo y que con sus frondosas copas impedían el paso de los últimos fulgores del crepúsculo vespertino que ya se confundían con el de las estrellas.

El grupo se detuvo á pocos pasos de Jorge de Kerhoët.

—Gracias á Dios,—empezó á decir el Duque,—que nos hallamos á solas, ¿seguiréis siendo tan intratable como siempre?